
CANTO SEPTIMO.



INCO veces el sol ha iluminado
Los campos que la sangre fertiliza
En torno á la ciudad de Zaragoza,
Desde que en San Javier escarmentado
Quedó el francés, al derramar su sangre
Que ha teñido los límpidos arroyos
Que serpean cruzando la llanura,
Sin que atreverse quieran otras veces
A asaltar nuestras hélicas murallas.

En tanto, en la ciudad coronas fúnebres
Se han colocado en las heroicas frentes
De los hijos de México, que llenos
De una gloria inmortal han sucumbido.
Con laureles, y rosas y azucenas,
Las vírgenes de Puebla coronadas,
Y de blancos ropajes revestidas
Porque ha muerto el soldado victorioso,
Han ido á colocar en los sepulcros
Mientras el llanto heroico de la gloria
Han derramado en ellos los soldados.

Mientras el enemigo lentamente
Y vacilante ordena sus ataques,
De tiempo en tiempo á la ciudad envía
Sus mortíferas bombas, sus granadas,
De incendio sus horribles proyectiles;
Y sus nuevos asaltos preparando
Está, lleno de bárbaro despecho.
Vencido aquí y allí, sobre ruinas
Sólo puede avanzar, cuando los hijos
De México, abandonan esos fuertes
Que ha arrasado la bomba fulminante.

Mientras el tiempo corre, al Sud-Oeste
Va dilatando su extendida línea,
Y sus bocas mortíferas de bronce
Hacia la plaza impávido dirige.

A la vez entre Norte y Occidente
Se prepara á avanzar á la derecha;
Se despecha de rabia porque un muro
Inexpugnable de hombres y de rifles
No le deja avanzar un palmo solo.
Incendia por doquier palacios, casas,
En tanto que á la izquierda centenares
Arroja de sus bombas espantosas.

El mexicano, en su valor sereno,
No tan sólo resiste al enemigo
Tras el muro, esperándole al combate,
No tan sólo detiene las columnas
Que formidables el francés arroja,
Sino que lleno de entusiasmo, pasa
El foso y las murallas; sale al campo
Y al invasor á combatir provoca.

El día avanza, y la batalla sigue:
La tarde declinaba mansamente
Serena y pura y con su polvo de oro
Regando las colinas y los valles,
Cuando se ordena espléndido combate.
Desde la hermosa falda del Loreto
Que al Norte y al Ocaso se dilata,
Ordenan nuestros graves batallones,
Los bélicos caballos y los trenes,
Y sobre el enemigo se adelantan.
En medio de la espléndida campiña
Forman nuestros briosos tiradores;
Se anuncia la señal, una columna
De humo denso se eleva y le sucede,
El estallido del cañón..... Apenas
Contestan sus rifleros escondidos
En sus caminos, en la tierra ocultos.....!
Y al favor de la noche que se acerca
Retroceden veloces á su campo.
A la vez, á Occidente sus cañones
Y sus morteros de arrojar no cesan
Centenares de horribles proyectiles,
Que el incendio derraman y el espanto.

Al avanzar la noche aumenta el ímpetu
De sus fuegos de ardiente artillería;
Y en tanto en torno á la ciudad simula
Sus ataques parciales; pretendiendo
Distraer al ejército de Oriente,
Ordenó entre las sombras de la noche
Un nuevo empuje, fuerte, formidable.
La luna llena en su esplendor se alzaba
Con majestad en el lejano Oriente
Dando formas y vida y movimiento

A los arbustos y á los altos árboles,
Y dejando observar del enemigo
Con claridad los movimientos todos.

En uno que otro campamento brilla
Una fogata cuya luz entibia
El rayo azul de la redonda luna.
Mientras la luz de esa agitada noche
Plateaba las torres de los templos
Que como centinelas se destacan
Sobre de la ciudad, en el palacio
Dalmiro, en el jardín una consigna
Cumplía, y después de haber sacado
A los tres prisioneros que allí estaban
Para otro punto, silencioso, apenas
Respiraba, y con paso mesurado
Cruzaba entre los árboles sombríos
Como el que lleno de fervor medita.

Media hora apenas transcurrido había
Cuando una luz atravesó la reja
Que conduce á una extensa galería;
Luego sonaron los pesados goznes,
Y la puerta se abrió pausadamente.
Una hermosa mujer, de azul vestida
Con toско lienzo, y una blanca toca
Que cubre los encantos de su frente
Y de su cuello la nevada albura,
Era la que la luz iba llevando:
Al punto que Dalmiro la percibe,
Se acerca con ternura y con cariño
Y así le dice con acento dulce:

“ Bendita una y mil veces, Sor Lucila,

“ Sea la caridad de los cristianos.....!
“ Ella da la paciencia, ella revive
“ Siempre del corazón los sentimientos;
“ Al débil da vigor y fortalece
“ La timidez del corazón sencillo.
“ ¿Cómo, tierna Lucila, las fatigas
“ Podéis, serena, resistir, y el sueño
“ Cambiar en la vigilia, trabajando
“ Con tanto afán y con angustia tanta? ”

“ Dalmiro, aquel amor sagrado y puro
“ De la patria y del nombre mexicano,
“ Vos lo sabéis, me trajo á estos asilos
“ Mientras que vos os ibáis al combate.
“ Cumplamos nuestros fieles juramentos;
“ Y el inmortal amor que nuestras almas
“ Alimentan tan puro y tan ardiente
“ Como la fe que enciende nuestros pechos,
“ Conservará el valor y la esperanza
“ En nuestros corazones amorosos.
“ Firmes sigamos de la patria el nombre,
“ El glorioso camino que llevamos,
“ Y Dios coronará nuestros esfuerzos.

“ Sí, Lucila, Dalmiro le contesta;
“ Sí, bien mío, tu amor alienta el alma
“ De este joven ardiente, y tus recuerdos
“ Me animan por doquier en el combate.
“ Esta noche, Lucila, se prepara,
“ Según los movimientos enemigos,
“ Un empuje terrible: allá me espera
“ El deber, y la fama y la victoria,
“ O acaso, acaso, venturosa muerte;
“ Mas antes de partir, mientras la hora

"Llega, Lucila, como siempre quise
 "Cumplir con mi consigna de la noche,
 "Aquí tenéis;" y en manos de Lucila
 Puso un bulto cubierto, que afanosa
 Recibió la doncella conmovida,
 Y con trémula voz así le dijo:

"Dalmiro, si supieras cómo aprecian
 "Nuestros pobres heridos las ofrendas
 "Que día á día hacéis por mi conducto,
 "Sentiríais el alma engrandecida.....!"

"Lucila, tu virtud ha despertado
 "En mi abrasado corazón la tea
 "De esa sublime caridad tan grata
 "Que es la única virtud que nos consuela:
 "En ella, hermosa, encierra el cristianismo
 "Toda su misteriosa y pura idea,
 "Que es de la democracia el evangelio.....
 "Cuando después de verte, amada mía,
 "Salgo de este lugar todas las noches,
 "Siento tranquilidad, siento consuelo
 "Y grande siento dilatarse mi alma.
 "Sí, Lucila, la siento en los combates
 "Grande, de valor llena y bizarría;
 "Se enajena mi ardiente pensamiento;
 "Se espacia mi pecho y se entusiasma;
 "Y cuando en medio á la feroz batalla,
 "Al silbar la metralla furibunda
 "Me envuelve el humo, sólo una memoria
 "Llena mi corazón y lo extasía.....
 "Es la memoria de mi amada madre,
 "Es la memoria de la amada mía.....!"

"Dalmiro, yo también, Lucila dijo,
 "Por tí al cielo levanto mis plegarias,
 "Y ese bien que tú haces te conserva."

"Lucila, tus fervientes oraciones
 "Cubren mi frente y mi alma tranquilizan:
 "Mas ya la blanca luna se adelanta.....
 "Lucila, adiós!..... Al Ser eterno ruega
 "Que volvamos á vernos. Mas si muero,
 "No te olvides de mí....." dijo, y un beso
 En la frente imprimió de la doncella.

"Adiós, Dalmiro, el Dios de las batallas
 "Te cuidará, lo siente mi conciencia....."
 Y del palacio se alejó Dalmiro.

Ya al zenit se acercaba taciturna
 La luna melancólica, apacible,
 Cuando llegó Dalmiro al campamento.
 Una hora pasaría cuando súbito
 Un estallido prolongado trueno.....
 Toda la línea brilla..... se levantan
 Globos de humo doquier; y semejante
 A una nube de gasa transparente
 Con orlas plateadas por la luna,
 Se dilatan por todo el Occidente
 Mil nubes, del cañón al estallido.
 Sublime perspectiva se presenta
 En ambos campamentos: la luz blanca
 Siempre apacible de la limpia luna
 Se mezcla con el fuego de los rifles
 Y del cañón. Y esa confusa mezcla
 Un imponente cuadro indescriptible
 Presenta en la extensión del campamento.

Las columnas se arrojan: claramente
 Se ven brillar los rifles, los marrazos,
 Y aun el color se ve de los ropajes
 De los soldados sitiadores. Gritos
 Descompasados, se unen al estruendo
 De la tenaz terrible artillería:
 Cesa súbito el arma estrepitosa,
 Y sólo se oye el golpe del acero:
 Luchan á brazo libre, cuerpo á cuerpo,
 Cual luchan en el campo los leones.
 Díaz allí, sereno y denodado,
 El entusiasmo del soldado alienta,
 Y Antillón y otros jefes á los suyos
 Con calma heroica y con valor dirigen.
 Y allí Dalmiro con su rifle busca
 La victoria ó la muerte. Arnaldo lucha
 Como un héroe; Filópatro en la brecha
 Firme, sereno, anima á sus amigos.

Tres veces un valiente, sin cubrirse,
 Quiere pasar la brecha. Cien balazos
 Cruzan sobre su frente y no le hieren!
 Y calculando la distancia impávido,
 Un momento se para, y como el tigre
 A quien el cazador de las montañas
 Arroja en vano su certero tiro,
 Y sin herida queda, y con violencia
 Se arroja á su enemigo, y beber quiere
 Su sangre al destrozarlo con sus garras,
 Así aquel hombre arrójase de nuevo,
 Y se abalanza..... Arnaldo lo percibe,
 Sobre él se arroja..... el zuavo, prevenido,
 Preparando su rifle, el tiro lanza
 Y cae Arnaldo al exhalar la vida.....!

Dalmiro entonces, con brillantes ojos
 Y lleno de dolor y de ira á un tiempo,
 Salva la brecha, asesta al enemigo,
 Y en medio de mil balas, le dirige
 Su tiro, y el atleta zuavo un grito
 De furia arroja, derramando espuma
 Y cae mordiendo la sangrienta tierra.
 Retrocede Dalmiro á la muralla
 Donde se halla Filópatro, que advierte
 Sangre en el pecho de su amado amigo.

Quando éste deposita sobre el césped
 De Arnaldo el cuerpo que sus brazos trajo,
 Y en tanto conducir á Arnaldo ordena.
 Él mismo lleva al bélico Dalmiro
 Que no siente la herida de su brazo.

De ambas partes sucumben los guerreros,
 De ambas partes los ayes se perciben
 De los heridos, juntos con las voces
 De los jefes que animan la pelea,
 De los soldados que la lucha anhelan.
 Y después de una hora de matanza,
 De un inaudito esfuerzo, retroceden
 Al fin los atrevidos asaltantes.

Mientras pasa un momento de silencio,
 Y se organizan todos los soldados,
 Mientras aquí y allí, de polvo llenos,
 De humo y de sudor y de fatiga
 Los guerreros están limpiando su arma,
 Elodia en llanto se presenta hundida,
 Y aquí y allí pregunta por Filópatro.

Está cerca de allí, venda la herida
Del brazo de Dalmiro que, sereno,
Dejar no quiere de la gloria el sitio.
Al verle Elodia un grito de sorpresa
Exhala, y sin querer le abre los brazos.

“Filópatro, por vos, dijo, entre el fuego
He llegado hasta aquí: voz enemiga
Cundió de vuestra muerte, y yo he venido
A buscarla también! Pero..... estoy loca.....
Perdonadme, Filópatro, si ofendo
El purísimo amor de vuestra Amira.....
Es imposible..... es imposible.....” Un rato
Quedó en su llanto hundida; y sorprendido
Filópatro, quedóse adivinando
Lo que su corazón nunca quisiera.

Repuesta un tanto Elodia, cariñosa
Se dirige á Dalmiro, quien mirando
La aflicción de Filópatro, y oyendo
Los ruegos de los dos, enlazó el brazo
A Elodia y se alejó del campamento.

“No me olvides, Filópatro,” Dalmiro
Le dijo al alejarse. “Ve tranquilo”
Le contestó. “Y á vos, hermosa Elodia,
Os recomiendo á mi querido hermano,
Y que un laurel tejáis para la frente
De Arnaldo infortunado pero heroico.”

Mientras se van, Filópatro sentía
Arder su frente: la ira del combate,

La muerte de aquel joven que sabía
Que pronto iba á morir; Dalmiro herido;
Las terribles palabras y las lágrimas
De la amorosa Elodia, todo hacía
Germinar mil ideas en su mente.
Pero haciendo un esfuerzo soberano,
Enjugóse la frente y quedó libre
Otra vez en el campo de batalla.

Poco á poco los fuegos se apagaron,
Y sólo de repente se miraban
Uno que otro destello, muy lejano.
Era que al retirarse el enemigo
Descargando, tal vez, iba sus armas,
Mientras que á sus heridos y á sus muertos
Iban confusamente levantando.

Aún no aclaraba la mañana límpida,
Ni los blancos celajes se tendían
En los azules montes del Oriente
Cuando dos globos de humo, y luego el brillo
Siniestro de las bombas nos anuncian
Que el sitiador intenta una batalla.

Tres columnas ordenan: por los flancos
Al fuerte del Demócrata dirigen
Una, y otra hacia el Sur, y por el frente
A la plaza dirígense impetuosos.

Toda la línea centellea; el humo
Oculta á las columnas invasoras
Y envuelve á los sitiados: de improviso